



TERESA URREA Y SUS SEGUIDORES FANÁTICOS O REVOLUCIONARIOS

SAÚL JERÓNIMO ROMERO

El mito no cede ni concede. Su signo es la obstinación. Anclado en la historia continúa sus batallas en el presente. No se agota. Se mantiene escindiendo y encendiendo pasiones, provocando iras renovadas o instigando cruzados que se disputan su “legado”. Como si nunca dejara de tener un pie fuera de esa casa de antigüedades llamado Patria o nación y deambulara suelto, disponible para ingresar en el retablo de las victorias nunca conquistadas, de las batallas nunca peleadas.

El acto de desobediencia, como acto de libertad, es el comienzo de la razón.

Ilán Semo “De Vasconcelos”, en *El Buscón*, México, D.F. Vol. 2, Año II-marzo/abril 1984. p. 9.

Erich Fromm. *El Miedo a la Libertad*, Buenos Aires, versión y presentación de la edición castellana Gino Germani, Paidós, 1977, p. 61.

Introducción:



radicionalmente, cuando se estudiaba el porfiriato se hacía alusión a tres cuestiones que se consideraban fundamentales para entender el periodo: era mención obligada, abundar sobre el desarrollo económico alcanzado; mucho se escribió también, en torno a la paz que supuestamente hubo en esos años; y finalmente, se centraba la

atención de los estudiosos, en el ocaso del régimen para con ello explicar las causas de la Revolución Mexicana.

En los últimos años, en la historiografía política y social se han rescatado muchos otros temas que antes no habían sido atendidos convenientemente; ejemplos de ello son, los múltiples trabajos que se han escrito sobre historia del movimiento obrero, rebeliones indígenas, grupos empresariales, familias, vida cotidiana, y la gran variedad de estudios regionales. Historias que permiten descubrir lo plural y complejo del devenir histórico mexicano; quizá uno de los periodos más inves-

tigados en este proceso ha sido el último tercio del siglo XIX y la primera década del XX.¹

Con estos nuevos enfoques se están descubriendo, entre otras cosas, las variadas formas de resistencia, que varios sectores de la sociedad mexicana presentaron a los proyectos modernizadores del porfiriato.

En este artículo me ocuparé de la rebelión de los pueblos mayos de Sonora y a los levantamientos organizados en la sierra de Chihuahua, en Tomochic y en Temosachic. Todos ellos al grito de: ¡Viva el poder de Dios! ¡Viva la Santa de Cabora!. Ambos prueba manifiesta de la oposición que algunos sectores de la sociedad civil presentaron a los intentos homogeneizadores del Estado.

Los medios que encuentra la sociedad para enfrentarse a la dominación, sea ésta cual fuere y del signo que sea, son muy variados; en este trabajo presentaré un breve esbozo de un gran movimiento social, que adquirió tintes religiosos, y que en la última década del siglo pasado creó serios conflictos al sistema porfiriano.



El ambiente nacional

Corría el año de 1892, don Porfirio Díaz buscaba reelegirse por tercera vez, y en la ciudad de México crecía la efervescencia política; los incondicionales del presidente, hacían toda clase de actos para convencer a la sociedad de la necesidad y pertinencia de la reelección. Incluso se llegó a convocar a una Asamblea Nacional del, ya caduco, Partido Liberal con el fin

de persuadir a la ciudadanía del consenso que había en torno al presidente. La Asamblea del partido hizo un llamado para que se manifestaran las fuerzas políticas libremente.

Lejos del consenso esperado, el resultado de los llamados a la participación, fue el resurgimiento de la oposición; especialmente entre la juventud universitaria, que acudió a la cita y convocó a organizarse contra el dictador; la respuesta del sistema no se hizo esperar, persecución, cárcel y ataques constantes fue la respuesta a los crédulos estudiantes.

En el terreno periodístico, aparecieron nuevos periódicos, la mayoría subsidiados, cuya función más importantes consistía en combatir las propuestas estudiantiles y debatir con la prensa opositora. Para los periodistas críticos y decididamente contrarios al régimen se reservó la cárcel de Belén. Los reporteros y directores de los diarios: *El Hijo del Ahuizote*, *El Diario del Hogar*, y *El Monitor Republicano* tuvieron problemas con la policía en esos días.²

Sin embargo, no todo eran peleas noticiosas y encarcelamiento de periodistas, en muchas partes del país crecía el descontento contra la dictadura. Regiones hubo en donde el descontento desembocó en expresiones violentas; hubo algunos de estos movimientos sociales, que tenían objetivos bien claros y formas de lucha concreta; otros en cambio, parecían ser manifestaciones religiosas o místicas, sin embargo eran una demostración más del descontento social.

Estos últimos, se volvieron en el blanco más vulnerable, se habló de ellos como de irracionales, fanáticos, atrasados, etc., pues sus deseos y propuestas sociales, que tenían como culturas diferenciadas, no encajaban en la lógica positivista del Estado mexicano; el progreso no admitía opositores, por lo tanto, fueron condenadas a desaparecer.

Al Estado le parecieron peligrosas esas sociedades que aparentemente eran iguales a todas las otras que formaban la nación, pero que en un momento dado, manifestaron sus

diferencias y se negaron a consentir el progreso unificador. En lugar de intentar entenderlas y asimilar el carácter plural del país se les enfrentó y acosó.

En los dos casos que expondré más adelante se nota la organización interna de los pueblos, el deseo de defender su comunidad y como elemento unificador está el factor religioso, sin que éste sea el más relevante, simplemente era una bandera de lucha que daba homogeneidad. En ambos pueblos, a pesar de sus métodos de lucha, se percibe la intención de oponerse a la imposición y al autoritarismo.

Entre los grupos opositores más significativos de la época figuran el de Catarino Garza, que operaba en territorio americano y a quien Porfirio Díaz calificaba de bandido, olvidándose el viejo dictador, que él había hecho un movimiento similar para tomar el poder; en Sonora, la guerra del yaqui continuaba y por todas partes había levantamientos militares y civiles. Unos eran motivados por cuestiones políticas y otros por reivindicaciones sociales diversas. La paz porfiriana mostraba fisuras por todos lados, lo terrible de la dominación afloraba.³

En este contexto surgieron un levantamiento indígena y una rebelión mestiza, ambos, aparentemente, motivados por el culto a Teresa Urrea. Es mi interés demostrar, que esas expresiones de violencia surgieron como producto de la agresión del Estado hacia esos pueblos y como resultado de la organización de las comunidades para defenderse, en donde el culto a Teresa Urrea fue únicamente la bandera que los aglutinó.



Para empezar, daré algunos datos de Teresa Urrea. Esta historia comienza en Ocoroni, pequeño pueblo sinaloense, donde el 15 de Octubre de 1873 nació Teresa Urrea, hija de don Tomás Urrea.⁴ Teresa quien había de propiciar el nacimiento de un culto en el noroeste, fue para sus seguidores: la santidad personificada, la milagrería vivaz, un medio para acercarse y reinterpretar los dogmas y misterios divinos, pero sobre todo un símbolo de libertad, en síntesis una bandera para enfrentarse al sistema porfirista.

Cuando Teresa cumplió doce años comenzó a sufrir ataques nerviosos, al parecer, de carácter cataléptico. Durante uno de ellos, cuyos efectos se prolongaron por tres días, se le dio por muerta. Cuando se preparaban los funerales, la ranchería de Cabora se estremeció. ¡Teresita resucitó!

Nadie dudó que se trataba de un milagro. “Todos la habían visto rígida, con la palidez de la cera; le habían rezado y llorado, y ahora estaba otra vez allí como si no hubiera pasado nada.”⁵

Para este tiempo, Teresa y su padre vivían en el rancho llamado Cabora, bello y fértil lugar, cercano al río Los Cedros, afluente del río Mayo en el estado de Sonora, en el distrito de Quiriego.⁶ Era esta zona, una región difícil, pues sus habitantes afrontaban grandes problemas y fuertes presiones, debido a la calidad de sus tierras que junto con las demás del valle eran sumamente codiciadas por latifundistas y compañías deslindadoras. Por lo que, indígenas y pequeños propietarios luchaban contra el porfirismo modernizador y por mantener la posesión de sus tierras. Cada quien con sus métodos y costumbres; los yaquis, como es sabido, con las armas. Los rancheros con recursos legales y, a veces, en franca cooperación con los pueblos indígenas

alzados. Actitud con la que se oponían al centralismo y de paso protegían sus propiedades del saqueo cuando había levantamientos generalizados de los indígenas.⁷

A partir de 1885, Teresa comenzó a realizar curaciones y poco a poco se fue extendiendo su fama de curandera. Meses más tarde se hablaba de la niña milagrosa y su nombre fue recorriendo fronteras. De todas partes llegaban enfermos y dolientes a pedir curación y consuelo.

La Santa de Cabora como se le empezó a llamar, curaba únicamente con sus manos y mediante la sugestión. Su método consistía, en rogar a los santos por la curación los enfermos, hasta lograr sugestionar fuertemente a sus oyentes, después pasaba sus manos sobre las dolencias y con ello aliviaba. Cuando llegaba al éxtasis sus palabras eran ley para sus creyentes.

La fama de Teresa Urrea no preocupó a nadie, no pasaba de ser un caso más de espiritismo, que en esos años se practicaba mucho en México.⁸ Aunque el fenómeno no pasó desapercibido; por ejemplo, el *Monitor Republicano* publicó una nota el 18 de febrero de 1892, que decía:

“Una Santa”.- Cuenta un periódico que Teresita Urrea, la llamada Santa de Cabora, ha logrado hacerse rica con las curaciones milagrosas, que según el vulgo, lleve a cabo. No es malo, pues el oficio de santo.⁹

Para ese año, “la santa” ya tenía numerosos seguidores y la noticia no tardó en ser contestada por un entusiasta creyente en la “santa”, el General Refugio I. González, quien dos días después respondió:

que ni una ni otra noticia son exactas, pues la señorita a quien califica de médium, cura gratuitamente a todo aquel que acude a ella y su padre se ha impuesto la obligación de dar alojamiento y alimentos en su hacienda, a gran número de personas que van a hacerse curar o a presenciar

los hechos maravillosos de su hija. En cuanto a los retratos, dice que se han vendido por millares, pero no por ella, sino por especuladores americanos.¹⁰

La polémica daba, seguramente, más publicidad al asunto. Incluso en abril de ese año, el mismo *Monitor Republicano*, que en sus primeras notas sobre Teresa Urrea había mostrado cierta ironía, ya no juzgaba tan a la ligera las curaciones y comentaba:

Las versiones sobre la heroína son contradictorias, pero sobresale el hecho de muchas curaciones efectuadas por la sugestión e imposición de las manos, exactamente como nos describe el Dr. Charlot los fenómenos hipnóticos. La señorita Urrea no presume nada, por el contrario, rehusa los títulos con que la regala la lisonja popular y se manifiesta únicamente creyente sincera y, muy humana. Para nosotros es un admirable caso de *mediunmidad*, digno de estudio de la observación formal de la ciencia...¹¹

Finalmente, los redactores del diario no aventuraban más juicios y dejaban el asunto en manos de la ciencia. Todo esto —como ya dije— no era grave, ni temible para el gobierno porfirista. El problema empezó cuando llegaron a Cabora los rebeldes, los sometidos, los marginados; en suma, aquellos que buscaban un símbolo, una esperanza para iniciar su lucha. Así fue, que varios peregrinos que recalaron en el rancho de Cabora, iban en busca de la bendición y del consejo de Teresa Urrea, es decir un impulso, una protección que les infundiera el ánimo necesario para enfrentarse al gobierno.

Teresa se convirtió así, en la guía espiritual de todos ellos; no obstante que nunca asumió la dirección de los movimientos, cuando menos, no en la rebelión de los indígenas del río Mayo, ni tampoco en la resistencia de los tomochitecos, rebeliones en las que se centra este trabajo. Sin embargo la sola evocación de su nombre dio a sus seguidores una fuerza te-

rrible. La desesperación de muchos y la fe de otros, hizo de la curandera un símbolo. Al respecto Carlos Monsivaís comenta:

En contexto general es la ley no escrita: en sociedades donde la vida de las mayorías está sujeta a miseria y persecución, la gente busca consuelo de sufrimientos y frustraciones en su práctica religiosa, y a todas las manifestaciones de la cultura nativa –económicas, sociales, políticas o filosóficas– las impregna el pacto con las fuerzas extraterrenas.¹²



La Santa de Cabora y Tomochic

Teresa Urrea fue santo de veneración de Tomochic, pequeño poblado enclavado en la Sierra de Chihuahua, lugar en donde se desarrollaron los trágicos sucesos que acabaron con una comunidad. En el inicio de la década de los noventa y en especial en el año de 1892, en el estado de Chihuahua se vivían importantes cambios sociales.

Entre los acontecimientos más relevantes que estaban sucediendo podemos mencionar: la elección de gobernador, contienda en la que se enfrentaban las fuerzas políticas más importantes del estado; los seguidores de Luis Terrazas y los de Carlos Pacheco ponían todos sus esfuerzos en la contienda.¹³ Situación que no era aislada, pues en Sinaloa y Durango también se llevaban a cabo procesos electorales, y en todos ellos había fuerte oposición a los candidatos oficiales.¹⁴ Además de las elecciones, había gran descontento en algunas poblaciones por la imposición de presidentes municipales.

En el terreno económico se proyectaba la expansión de

las labores de minería hacia la sierra; también se construían líneas de ferrocarril que, de una forma u otra, transformaban el paisaje de la zona y ambos procesos modificaban sustancialmente las relaciones sociales de la región.

Asunto de particular interés, era la sequía que el año anterior había azotado a casi todo el país, por lo que se cernía sobre la región el peligro del desabasto y la posibilidad de la hambruna.¹⁵ La posibilidad era tan cercana que se tuvieron que tomar medidas drásticas. Por ejemplo, en una nota de *El Diario de Chihuahua*, del 25 de febrero de 1892, p. 3 se leía el siguiente aviso:

“Aviso a los pobres”.- Ayer llegaron a esta ciudad por el tren de ferrocarril, mil fanegas. de maíz para expendirse a dos reales el almud. La Junta de Beneficencia, organizada por el gobierno del Estado se encargó de la compra y con gran oportunidad diremos los lugares donde se establezcan los expendios. También tenemos noticia de que han llegado algunos centenares de fanegas de frijol, para venderse como el maíz a precio de costo.¹⁶

A estos problemas locales, se deben de agregar el servicio militar forzado y el autoritarismo que sufrían los chihuahuenses junto con todos los habitantes del país.

Así estaban las cosas, cuando sucedieron una serie de incidentes que enemistaron a Tomochic con el gobierno estatal y federal, producto de esos incidentes sobrevino una escalada de violencia, que prácticamente acabó con los habitantes del lugar.

Una de las primeras dificultades, fue la negativa de los tomoches a que el gobernador Lauro Carrillo se llevara dos cuadros de su iglesia, uno de San Joaquín y otro de Santa Ana. Resulta que en esos días, el gobernador amueblaba sus oficinas y en una ocasión en que estuvo en Tomochic, tuvo a bien apropiarse de las telas de la iglesia.

Sin embargo, no contaba con el empeño de los habitantes del lugar, que defendieron su patrimonio y lograron que el gobernador restituyera las pinturas.¹⁷ Afrenta que nunca olvidó el gobernante.

Otra desaveniencia importante fue la negativa del presidente municipal para que los tomochtecos hicieran una procesión para que lloviera, alegando que eso contravenía las leyes.¹⁸ Con lo que el pueblo quedó enemistado con el gobernador y con su representante más cercano el munícipe.

Es pertinente aclarar que Tomochic no era un pueblo indígena, sin mestizo, acostumbrado a la autonomía y a la autodefensa, pues durante largos años habían mantenido la guerra con el apache, contando únicamente con sus recursos. Sus pobladores en consecuencia eran diestros con las armas, pues de ellas dependían para sobrevivir.¹⁹ A pesar de esto tenían una identidad cultural propia, como se verá más adelante.

Otras causas de los conflictos que enfrentaban los tomochtecos, eran: su persistente negativa a incorporarse forzosamente al ejército; así como constantes desaveniencias con autoridades locales, en este punto cabe recordar el cateo que se hizo a la casa del señor Jorge Ortiz, quien junto con Cruz Chávez se quejaban de que la caravana que portaba la planta de los minerales ya no pasaba por Tomochic, pues se les acusaba de querer asaltarla, con lo que se desacreditaba al pueblo y sufría perjuicios económicos la comunidad.

En vista de estos acontecimientos el gobernador envió a Silviano González jefe político de la zona a investigar, qué pasaba en ese lugar. Cuando llegó, se encontró con la hostilidad de los tomoches,²⁰ por lo mismo envió informes exagerados, en los que se decía que había una sublevación.

En este momento tuve noticia por el Capitán Joaquín Chávez estar sublevados en Tomochic 40 hombres armados, los que desconocen

autoridades. Estoy alistado marcha para dicho pueblo y requerido el auxilio del Capitán Chávez y del destacamento del 11o. Batallón que existe en esta plaza.²¹

El pretexto fue bien utilizado. Contra ellos, preparó sus baterías el gobernador. Los motivos de la represeión se aumentaron haciendo circular la noticia de que los habitantes del lugar estaban interesados en el paso de la conducta de la plata, procedente del mineral de los Pinos, porque querían asaltarla. El gobernador mandó que todo aquel sospechoso de estar involucrado en la preparación del robo fuese fusilado sin formación de causa. Se envió un destacamento del ejército que fue recibido a balanzas. Esta fue la primera victoria de Tomochic, la del el 7 de diciembre de 1891.²²

Después de ésta batalla, los tomochitecos decidieron visitar a Teresa Urrea. Llegaron a Cabora el 26 de diciembre. Horas antes, camino a Cabora, había logrado emboscar al capitán Emilio Enríquez, que al mando de 40 dragones y 2 oficiales pretendió deterlos.²³

“La Santa” no se encontraba en el rancho, días antes había salido para Cocoraqui, los tomoches entraron al oratorio en donde se ocuparon de entonar cantos y alabanzas religiosas. Al día siguiente regresaron a Chihuahua.²⁴ Es decir que no hubo dirección política de Teresa; sin embargo, creo que, era poco lo que la Santa podía haberles dicho; los tomochitecos estaban en un proceso de franco enfrentamiento con las fuerzas del Estado y no tenían otro remedio que defenderse.

De regreso a su pueblo fueron atacados varias veces y siempre, lograron vencer a sus agresores y obtener un importante botín en armas y parque.²⁵ Cuando llegaron a Tomochic se prepararon para la defensa, pues sabían que tarde o temprano los irían a buscar.

A partir de ese momento Cruz Chávez, líder natural de los tomochitecos, se convirtió en el dirigente del pueblo,

asumió la dirección total de las actividades de la comunidad, incluidas las prácticas religiosas. Estableció un nuevo rito, basado en rezos y alabanzas a la Santa de Cabora, razón por la que se enemistó con el cura a quien finalmente expulsó del pueblo.²⁶

Impuso nuevas reglas que se pueden resumir así: se obligaba a todos los pobladores del lugar a pagar sus deudas, se prohibió tocar la propiedad privada de los ausentes o de los enemigos y también se dispuso un salario para los defensores del pueblo sin distinción de ninguna especie.²⁷

Conviene destacar el siguiente detalle, uno de tantos visitantes de la “Santa” procedentes de Tomochic fue prácticamente ungido por Teresa Urrea, porque cuando éste salía de la casa de la curandera, Teresa le dijo –¡Como se parece usted a San José!–,²⁸ expresión que fue suficiente para que los oyentes de aquellas palabras consideraran que ese hombre era la personificación de San José. A este primer santo, pronto se le unieron otros, entre ellos, Jesucristo y su Santísima Madre.²⁹ Así el pueblo tuvo una familia sagrada viviente. Que en este contexto de autodefensa, estos “santos” adquirieron gran significación.

Sobre la campaña y la forma en que el ejército arrasó a esta comunidad no abundaré en este ensayo, pues ya Heriberto Frías y los autores que cito en la bibliografía han descrito ampliamente los dramáticos sucesos. Me interesa sólo mencionar algunos aspectos, con los que intento hacer un análisis de las causas y motivos de un ataque tan encondado contra un pueblo y sobre la resistencia que hasta sus últimas consecuencias sostuvieron los agredidos.

Heriberto Frías sugiere en su testimonio sobre la campaña en Tomochic, que fue el propio general Porfirio Díaz, quien tomó todas las determinaciones sobre la campaña.

Pasaba, entonces, dolorosos pensamientos por las frentes de aquellos jóvenes, que no se daban cuenta del confuso drama en que eran precipitados por el destino; por el destino y por la férrea mano del general Díaz, diestra y rápida en la acción, dura y eficaz en el castigo.³⁰

Resalto esto, porque me parece muy probable que el general Díaz haya preparado el ataque a Tomochic, con el fin de dar una demostración de fuerza. Acción explicable en tiempos de contienda política y más aun, cuando se empezaba a criticar la edad del dictador. Desafortunadamente para el general, Tomochic fue un desastre, si bien lograron reducir a cenizas el poblado, también hubo perdidas inmensas en el ejército; 600 bajas, reportaron los informes oficiales, sin contar los muertos habidos en otros enfrentamientos menores, más los gastos en petrechos y demás. Cabe mencionar que en Tomochic vivían únicamente 300 personas. De las cuales menos de la mitad participó en los enfrentamientos con el ejército.³¹

Asunto de vital importancia, es el que, para los tomochitecos era claro quien era el enemigo: las autoridades locales, el autoritarismo y de paso la dictadura. Su grito de guerra ¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva la Santa de Cabora! más que fanatismo, era una arenga para alentarse en la lucha, pues decían, que los creyentes que se encomendaban a la Santa no morían y sí esto llegaba a suceder, a los tres días resucitaban.

En cambio para los soldados, la motivación era menos clara, porque no peleaban contra indígenas bravos, ni tampoco contra otro ejército, ni siquiera contra sublevados que pretendieran tomar el poder o que amenazaran la seguridad pública, por lo que se les tuvo que emborrachar a unos y a otros, a punta de pistola se les llevó al combate. Los gritos de los soldados eran: ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Undécimo Batallón!

Los análisis que se han hecho sobre las causas del

enfrentamiento de los tomochitecos contra el gobierno estatal y federal, han caído casi todos en la idea de que, los habitantes de ese pueblo eran unos fanáticos, que en su irracionalidad llevaban el germen de su propia destrucción. A fin de cuentas eso es lo que dice Valadés, aunque hay que admitir que también dice que eran rebeldes.³² Heriberto Frías también cree, que en parte la rebelión se debió al fanatismo.³³

En cambio Francisco R. Almada en su libro *La Rebelión de Tomochi*, dice que, si bien lo religioso jugó un papel importante, no fue el determinante, sino que los motivos políticos y el autoritarismo fueron más definitivos.³⁴ Paul Vanderwood, dice que la rebelión de Tomochic tuvo su origen en las creencias religiosas de los Tomoches y en las circunstancias del momento,³⁵ por lo que según él, se trata de un típico caso de milenarismo activo.³⁶

Por mi parte, considero que en el caso de Tomochic no se trataba de un grupo de fanáticos, sino de un pueblo que por diversas circunstancias se enfrentaba al Estado, que fue puesto en la mira de la represión por parte de las autoridades locales y que el gobierno federal vio la oportunidad de dar una demostración de fuerza. Fue un pueblo que usó la bandera de Teresa urrea como símbolo de su identidad y no como propuesta social.

Pienso que en ningún momento los Tomochitecos trataron de realizar un mundo utópico, como afirma Vanderwood.³⁷ Además debe tomarse en cuenta que lucharon hasta lo último por sus vidas, es decir, no estaban resignados a morir, a pesar de que creyeran en un mundo mejor en la otra vida, en el supuesto caso de que así hubiera sido. Que los extraños eran enemigos de Dios, es claro que sí, puesto que ellos habían logrado unificar a su pueblo en torno a una idea religiosa que lo unía y daba identidad, por tanto los atacantes de su identidad eran ajenos también a su pueblo y por tanto enemigos de Dios, que los protegía.

Asimismo considero que su experiencia como comunidad les permitió organizar la vida del pueblo, ajustada a las necesidades de defensa del momento. En torno al respeto de la propiedad privada, me parece una prueba fehaciente de que no tenían en sus planes crear una nueva sociedad, es decir no pasaba por sus mentes aquello de crear el reino de dios sobre la tierra, por lo que podemos descartar la idea del milenarismo con facilidad.

Sobre el asunto de que no hubiera rangos en el ejército y que la paga fuera igual para todos, me parece que el tamaño de la comunidad y la cantidad de recursos con que contaba el pueblo, explican por sí mismos este aspecto. Es decir que no creo que los tomochitecos intentaran crear una sociedad igualitaria ni mucho menos.

Estimo que el caso de Tomochic, es un proceso de enfrentamiento de una comunidad, que con aspiraciones propias, y con un sistema de vida particular, por ejemplo el uso constante de las armas y sobre todo con una identidad grupal que le daba coherencia, se enfrenta al Estado, pero que no tenía un proyecto alternativo que ofrecer. También que, ante el acoso, lo que prioritariamente se requería era la unidad, viniera esta de donde fuere, en este caso el mito de Teresa Urrea quedó muy a propósito. Cabe destacar que esta elección de bandera, los hizo más vulnerables, como ya he dicho, pues se les acusó de violentar las leyes de Reforma y de sustraerse a la autoridad civil.³⁸ No desconfío como dije al principio de este trabajo que lo religioso haya tenido su connotación específica en este fenómeno, pero tampoco comparto la idea de que éste fuera el motivo central del problema.

Me parece que en el caso de los tomochitecos había justicia en su defensa, fe y convicción en sus creencias y una identidad propia que defendieron hasta sus últimas consecuencias. El ejército tuvo a su favor el número y el ejercicio legal de la

violencia. Brutalidad que, en varias ocasiones en la historia de México, se ha tratado de justificar como una acción necesaria. El mismo Heriberto Frías por boca de su personaje Miguel asentó:

Y Miguel reconoció otra vez que la Suprema Autoridad Nacional había cumplido con su deber sofocando de golpe a sangre y fuego, aquella rebelión, por la férrea mano del general Díaz.³⁹

En este sentido, opino que es válido rescatar lo que escribió el doctor Miguel León Portilla en su libro *Culturas en peligro*. Las Culturas minoritarias –dice el doctor– siempre están en peligro de desaparecer o de extinción, ya sea por la penetración cultural, ya por perder su hábitat natural, o por haber sido conquistadas, etc. Existen otras que son afines a una cultura mayor pero que tienen algún rasgo que las diferencia del resto, lo que les da identidad.

Pues bien, sucede que a veces estos grupos son agredidos y:

Las reacciones defensivas de estos grupos proporcionan a menudo argumentos, con que justifican su proceder antagónico, quienes ejercen el control nacional. Extrañas formas de aculturación inducida se inician entonces. El propósito es imponer, como únicos, la lengua u otros elementos de las mayorías, impidiendo a la vez toda forma interna y sistemática de transmisión cultural entre quienes integran los núcleos minoritarios. En situaciones extremas, a tales medidas se suman otros peligros: posibles cargos de separatismo y de traición a la patria.⁴⁰

En este caso, es claro que todos esos elementos se juntaron y propiciaron la desaparición de una cultura y de un pueblo.



La Santa y los mayos

Otro movimiento relacionado con Teresa Urrea se llevó a cabo en Sonora, en mayo de 1892, los protagonistas fueron los mayos, habitantes de las riberas del río Mayo. Indígenas que durante todo el siglo XIX habían permanecido pacíficos, a diferencia de sus vecinos los yaquis, quienes mantuvieron desde principios de siglo, una fuerte resistencia a la injerencia de extraños en los asuntos de su nación y a que sus tierras se parcelaran.

Los mayos más conciliadores convivían con los no indígenas, pero las autoridades locales habían generado algunos motivos de agravio. En especial les molestaba que las autoridades no los apoyaran en sus demandas. El año de 1892 fue un año particularmente difícil para la agricultura nacional, la sequía fue generalizada y se tuvo que importar maíz y harina, para abastecer el mercado nacional.⁴¹ Bajo estas circunstancias los arrendatarios de las tierras de los mayos se negaron a pagar las rentas correspondientes, alegando carecer de recursos, hecho que violentó a casi toda la nación mayo, pues las autoridades locales se negaron a apoyarlos.⁴²

El otro motivo por el que estaban molestos, era por el autoritarismo con que eran tratados. Ambos asuntos imposibles de resolver por la vía pacífica, pues el vasto poder tanto de los no-indígenas como de las autoridades impedía que las quejas contra ellos fueran oídas por autoridades superiores, en el supuesto caso de que estas hubieran tenido la disposición de resolver los problemas de la comunidad. A todo esto es necesario añadir que en el proyecto modernizador que se empeñaba en realizar el porfiriato (reparto de tierras, deslinde de baldíos, producción para el mercado, etc.), no cabían los derechos indígenas.

Ejemplo de esta política modernizadora era la coloni-

zación de los terrenos próximos a los ríos Yaqui y Mayo. Incluso se había formado una Comisión Científica encargada de fraccionar los terrenos, a las ordenes del coronel de Estado Mayor Angel García Peña.⁴³ Sin embargo, ninguno de los autores consultados, respecto al levantamiento mayo, consigna estos hechos. La figura de Teresa Urrea ha sido más atractiva para los estudiosos que los problemas de la comunidad.

El levantamiento se llevó a cabo el 15 de mayo de 1892, después de varias reuniones preparatorias en el rancho de Cabora, aproximadamente doscientos mayos de Cuinampo y Bacoache pusieron en jaque los pueblos de Navojoa y San Ignacio. Ocuparon el primero y saquearon el segundo. En la refriega murieron el Presidente Municipal de Navojoa y el Comisario de Policía de San Ignacio. También saquearon la tienda del Señor Morales e hirieron a dos vecinos.⁴⁴

Los vecinos se organizaron, resistieron y lograron, después de tres horas de lucha, hacer huir a los indígenas causándoles catorce bajas; con lo se logró recuperar rápidamente Navojoa.⁴⁵ Los mayos huyeron desconcertados. De inmediato se emprendió una tenaz persecución contra ellos; ejército y vecinos lograron desbandar al grupo. Seguramente se actuó con tanta fiereza y rapidez, por el temor a que estos se unieran a los yaquis, a quienes se había vencido en los últimos encuentros, y se había logrado aprehender a uno de los líderes, Chico Huilo, por lo que se esperaba acabar prontamente con el problema yaqui.⁴⁶

Los indios derrotados y dispersos encaminaron sus pasos a Cabora. Lo que entendió muy bien el ejército y le fue fácil atrapar a los que iban llegando al rancho. A todos los prisioneros que deseaban regresar a su casa se les pedía una fianza y se les recogían las armas.⁴⁷

Después de estos sucesos empezó el peregrinar de Teresa Urrea, el General en jefe de las fuerzas armadas en Sonora, Abrahám Bandala, reportó que el levantamiento se debió al

fanatismo, pues los sublevados atacaron Navojoa y San Ignacio al grito de ¡Viva Dios y Santa Teresa de Cabora! por lo que dispuso:

Siendo sumamente perjudicial la permanencia en la Hacienda de Cabora de don Tomás Urrea y su hija Teresa que le llaman Santa, y teniendo noticia de que de allí procedía el alzamiento fanático de los indios mayos, fui personalmente a dicha hacienda el 19 del actual (mayo), y detenidos mandé al padre y a su hija a Cocorit, guardándoles toda clase de consideraciones. Como aquí he tenido datos más ciertos del origen del motín, ya dispuse que los detenidos sean conducidos a Guaymas, obrando de acuerdo con el Gobernador del Estado.⁴⁸

Sobre el origen de este levantamiento José C. Valadés, en su libro citado, afirma que la principal causa fue la intervención del ingeniero Lauro Aguirre, quien incitaba a Teresa Urrea contra el gobierno y ella, a su vez, a los indígenas.⁴⁹ El autor dice tener documentos a la vista para hacer sus aseveraciones, pero en su texto no menciona ninguna fuente y, por mi parte, no he encontrado documentación en ese sentido. Para autores como Manuel Corbalá, Horacio Sobarso y en parte el mismo Valadés consideran que se trata de un caso de fanatismo, incluso en el parte militar que rindió el general Bandala también dice que el problema era el fanatismo.⁵⁰

Desde mi punto de vista, considero que el movimiento fue premeditado y organizado con la intención de manifestarse en contra de las presiones que en esos momentos sufría el pueblo mayo. Creo que esto fue así, porque la idea de atacar las principales ciudades de la zona no me parece fortuita, ni producto de afanes religiosos. En este contexto, pienso que el culto a Teresa Urrea, al igual que en Tomochic, fue lo que dio unidad al movimiento, pero que de ninguna forma el origen de este estaba en creencias religiosas, utópicas o milenaristas.

Debe anotarse que, mientras los indígenas manifestaron interés religioso por Teresa, ni las autoridades, ni nadie sospechó que se fraguaba una rebelión, por lo que podemos

pensar que era una buena forma de disimular o –como he sugerido– un medio para unificar; pues conviene recordar que el movimiento fue casi general.⁵¹ También debe llamarnos la atención el hecho de que, al parecer sólo se trataba de acabar con las autoridades, lo que también había sucedido en Tomochic al inicio de la contienda.

La hipótesis menos verosímil es la de José C. Valadés, quien, ya dije, asegura que el ingeniero Lauro Aguirre estaba detrás de todo, pues aparte de que el autor no aporta pruebas documentales, tampoco en el reporte militar del general Bandala se menciona nada, pues si hubiera sido cierto el cargo, creo no hubiera pasado desapercibido.

Otro detalle que debe tomarse en cuenta, es el que ninguno de los detenidos mencionó que Teresa Urrea los incitara a rebelarse, cuando un reportero del *Monitor Republicano*, citado por el historiador Mario Gill, decía que la Santa predicaba “doctrinas muy liberales” y que en sus rezos decía: “que todos los actos del gobierno y del clero eran malos”.⁵² Esto significa, según yo, que era unánime el voto de ocultar el motivo de la rebelión. Vale la pena preguntarse: nadie los comentó, ¿por qué no los sabían o por qué era conveniente callar?

Por último, tal parece que una vez que se cumplió el cometido de la rebelión, es decir eliminar a las autoridades molestas, los indios regresaron a sus pueblos. Esto sin menoscabo de que fueron fuertemente reprimidos y entre ellos hubo numerosas bajas. Es pertinente analizar nuevamente estas rebeliones indígenas y tratar de ahondar en sus objetivos y significado.

Incluso a Teresa Urrea sólo se le pudo expulsar del territorio nacional, aduciendo que su presencia creaba fanatismo y por tanto era peligrosa, pero no se le pudo formar causa por instigación. Así el 5 de julio de 1892 Teresa Urrea y su padre

se instalaron en Nogales, Arizona, donde continuó recibiendo seguidores.⁵³



Epílogo

Hubo cuarenta tomochitecos que escaparon a la hecatombe de Tomochic, y en abril de 1893 se levantaron en armas con su viejo grito de ¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santa de Cabora!, lograron tomar ciudad Guerrero. La primer batalla que sostuvieron fue con el Noveno batallón al que despedazaron; de quinientos hombres que tenían, sólo quedaron 20, según consignó *El Diario del Hogar*.

Este movimiento ya estaba más organizado, incluso se empezaron a cobrar impuestos en la zona que dominaban. Ante tal situación, se actuó velozmente y los revolucionarios fueron cercados en el pueblo de Temosachic; los pormenores de la batalla fueron celosamente resguardados, sólo se sabe que se arrasó con el pueblo al igual que en Tomochic.

Finalmente, trascendió que los seguidores de Teresa Urrea, entre los que se contaban un buen número de yaquis, otra cultura en peligro, tomaron Nogales el 12 de agosto de 1906; al parecer, ya Teresa Urrea había asumido un liderazgo de carácter estrictamente político, la lucha era franca y directa contra la dictadura de Porfirio Díaz, pues en un volante, que se encontró en las ropas de un indio que murió en la aduana, rescatado por Mario Gill en el Archivo de Relaciones Exteriores, se leía lo siguiente:

Hermanitos: No dejen de alistarse para el día 11 porque vamos a pegar al grito luego que lleguemos: no tengan miedo; luego tenemos que entrar en Sonora, por eso les digo que se alisten todos ustedes; yo voy a llegar en la noche a Nogales porque no se puede menos. La paz y la ley sean con ustedes. Teresa Urrea y Juan Bautista ⁵⁴

Estas noticias provocaron alarma en toda la frontera, se suponía que Teresa Urrea entraría a Sonora y todos los pueblos del yaqui se levantarían. Al parecer no pudieron conseguir armas, y por eso los yaquis firmaron un tratado de paz con el gobierno federal, que sólo duró dos años. Tiempo que fue suficiente para que hicieran acopio de armas y bastimentos en la sierra y se rebelaran nuevamente.

Después de este último intento la fama de “La Santa” declinó, y unos meses después, en ese año de 1906, murió Teresa Urrea, la “Santa de Cabora”, en Clifton, Arizona. Sobre estos últimos hechos no me detengo a realizar análisis alguno, pues en ellos ya se nota una dirección política externa a los pueblos, cosa que no sucedió en los acontecimientos del levantamiento de los mayos, ni de la enconada defensa de los tomochitecos en los que Teresa Urrea sólo era un símbolo.



Reflexiones finales

Me parece que es de particular relevancia estudiar los movimientos sociorreligiosos que ha habido en México; su comprensión permitirá conocer más sobre los móviles que incitan a la sociedad civil a participar políticamente. Asimismo su estudio permitirá ampliar el espectro de los diversos

medios que utiliza la sociedad para manifestarse; porque, a veces, lo que se ha calificado de fanatismo, ignorancia o milenarismo es una expresión más de descontento social, que se manifiesta de esa manera.

Por otra parte, esta búsqueda de los motivos no dichos por los pueblos al emprender su resistencia ante el autoritarismo y la imposición, permitirá comprender el carácter plural de la sociedad y los medios que una mentalidad colectiva utiliza para unificarse y responder ante lo que considera exterior a su medio. En ocasiones, estas respuestas adquieren tintes sumamente violentos y temibles. Ante ellas generalmente se responde con represión.

En este sentido, cabe repensar lo que ha significado la modernización y el progreso para algunos pueblos, pues en el afán de imponer un único modelo social, no se han parado mientes en aniquilar a las culturas y pueblos que ofrecen resistencia. Es importante mencionar que algunas de estas culturas no son tan diferenciadas como las étnicas, pero que tienen un sistema de valores propio, que generalmente es aplastado por la hegemonía que impone la modernidad. En este camino hay muchas culturas en México.

En torno a los tomochitecos, los yaquis, los mayos y varios más; fueron pueblos que se organizaron en defensa de sus derechos, aun a costa de sus vidas. Contra ellos se tuvo que poner marcha todo el sistema represivo el régimen porfiriano. De esos movimientos se conoce poco, pero lo que los ha mantenido vivos en la memoria histórica ha sido el mito de Teresa Urrea, quien sin ser una dirigente social, en sus primeros años, sirvió de bandera a las reivindicaciones de estas comunidades.

Con esto quiero decir, que los levantamientos que analicé en este trabajo se debieron a dos causas fundamentales: en primer lugar a la resistencia a desaparecer como cultura y segunda a la formas en que las autoridades menores y ma-

yores del porfiriato usaban para incorporarlos al sistema modernizador. Ante esto ofrecieron unidad comunitaria, tanto los mestizos como los indígenas y un símbolo.

Teresa Urrea era un símbolo cercano a ellos, lo que la convirtió en la bandera más apropiada, sin que en ningún momento pretendieran formar un reino de dios sobre la tierra o cosa similar. Es decir que me parece de particular interés devolver a estos movimientos su dimensión política, y no olvidarse que tras los mitos hay mucha historia por conocerse y por escribirse.

Notas

¹ Véase el recuento historiográfico que hizo Mario Cerruti en "Contribuciones recientes y relevantes..." en *Memoria del I Coloquio de Historia Regional*, Pachuca, Hidalgo, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 1986.

² Roeder Ralph, *Hacia el México moderno*, México, F.C.E., 1973, vol. II, sección de obras de historia, pp. 7-111.

³ Mario Gill, "Teresa Urrea, la santa de Cabora" en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1957, vol VI, p. 626-64, cita algunos de los movimientos políticos surgidos durante el porfiriato, entre ellos los siguientes: 1877, Pedro Valdez y Mariano Escobedo en favor de Lerdo; 1878, rebelión en Jalapa de Lorenzo Hernández, secundado en Tlapacoyan por Javier Espino; 1879, Miguel Negrete en Tepozotlán; 1879 matanza que hizo el general Luis Mier y Terán en Veracruz, en acatamiento al famoso *iimatalos en caliente!!*; en ese mismo año rebelión del barco de guerra *Libertad*; 1880, en Sinaloa se alzó el general Jesús Ramírez Torreón, secundado en la sierra por Heraclio Bernal; 1886 general Trinidad García de la Cadena, en Zacatecas; 1890, general Francisco Ruiz Sandoval en la frontera; etc. cfr., pp. 626-627.

⁴ Abundantes datos sobre la familia Urrea aparecen en la crónica que hizo José C. Valadés. *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios. Las rebeliones de Tomochic y Temosachic* México, Ediciones LEEGA/Jucar, 1985. De ese libro tomamos lo siguiente: "Los Urrea –corrupción árabe de la palabra oro– dieron primero a la Colonia y después al México independiente, generales y políticos. Don Mariano Urrea, combatiendo a los apaches en Arizona y en Sonora, alcanzó una alto grado militar en los tiempos coloniales. Don José, su hijo, fue general de renombre, habiendo figurado como jefe de una de las columnas que marcharon a combatir a los sublevados en Texas en 1836; más tarde gobernante en Durango, en Sonora y Sinaloa (...)

Otros Urrea fueron notables en la minería, en el comercio, en la agricultura. Algunos lograron acumular grandes fortunas, pudiendo vivir una vida ostentosa.

Otros Urrea fueron notables en la minería, en el comercio, en la agricultura. Algunos lograron acumular grandes fortunas, pudiendo vivir una vida ostentosa.

Residentes primero en Sinaloa, atribuyéndose a ellos el desarrollo agrícola que sirvió para crear nuevas poblaciones, los Urrea extendieron su clan hacia Sonora y más tarde hacia Durango. Don Miguel Urrea se fue a Arizpe para resolver sobre los límites de los estados de Sonora y Sinaloa. Terminados los arreglos sobre límites, permaneció en territorio sonorense atraído quizás por las bonanzas de las minas de Alamos.

Sobrino de don Miguel Urrea, fue el padre de la más tarde llamada Santa de Cabora. Don Tomás, administraba los ranchos de Cabora, Santa María y Equihuiquichi, pertenecientes al distrito de Alamos y de los que era propietaria doña Justina Almada viuda de don Miguel Urrea. –Finalmente agrega el autor de la crónica–, Teresa nació en el pueblo de Ocoroni, Sinaloa, el 15 de octubre de 1872. La madre llamada Cayetana Chávez, era persona muy humilde. Se refiere que doña Cayetana prestaba servicios domésticos en la casa de un pariente del señor Urrea cuando éste la conoció, surgiendo de allí los amoríos. Cfr., pp. 8-10

⁵ Mario Gill, *op. cit.*, p. 628

⁶ Sobre la propiedad del rancho de Cabora, Mario Gil, *op. cit.*, p. 628, dice que don Tomás Urrea era el dueño del rancho; en cambio José C. Valadés *op. cit.*, p. 9 dice que sólo era administrador de los ranchos de Cabora, Santa María y Equihuiquichi, agrega que "no eran de las grandes estancias agrícolas; eran de las pequeñas propiedades; por otra parte, en el texto de Manuel Santiago Corbalá Acuña. *Alamos de Sonora*, Hermosillo, Gobierno del Estado

de Sonora-Secretaría de Fomento Educativo y Cultura y el Instituto Sonorense de Cultura, 1989(3) se presenta una relación de propietarios del Distrito de Alamos, según el informe que rindió la comisión de deslindes sobre la porción deslindada por la Compañía Mexicana de Terrenos y Colonización Limitada, con fecha 21 de marzo de 1892, en donde se lee: "Cabora San Antonio de: propietario: Homobono Gil Lamadrid: título: Abril 18 de 1786. Extensión actual: 553-71-15 hectáreas. Propietario original: José Joaquín Elías González de Zayas. Extensión original: Siete y medio sitios, comprendiendo los predios de Vizcárraga Cocoraqui y Cerro de la Mina." p. 272. Por tanto, yo creo que don Tomás era un simple administrador, que el dueño del rancho era Gil Lamadrid y que doña Justina Almada que saca a cuento Valadés, no tenía nada que ver con estas tierras.

⁷ Es frecuente encontrar, en los reportes militares, la queja de que los rancheros escondían y protegían a los indígenas alzados, como ejemplo véase el reporte que presentó el general Manuel Carrillo, al General Secretario de Guerra y Marina el 17 de Diciembre de 1891, en donde informa lo siguiente: los yaquis huyeron "en numerosos grupos, tomando el de más consideración hacia el Valle de Guaymas; que perseguidos estos últimos indios por dos columnas a las órdenes de los Tenientes Coroneles Juan A. Quintero y Rosendo Allende, observaron que los perseguidos se dividieron en varias partidas que entraron en las haciendas de Santa Rosa, Santa María y San Antonio de Abajo, a donde no penetraron los Jefes que hacían la persecución, para evitar que los dueños de dichas fincas se quejaran de haber sido atropellados; y por último, con este motivo se dirige Ud. al Gobierno de mi cargo, recomendado que se tomen medidas enérgicas para evitar ese mal y conseguir que los hacendados y autoridades de los pueblos no oculten ni protejan a los bandoleros..." Francisco P. Troncoso. *Las Guerras con las Tribus Yaqui y Mayo*, México, Publicaciones del Gobierno del Estado de Sonora, 1983 (3), Tomo II, p. 14

⁸ José C. Valadés. *op. cit.* p. 20. En el *Monitor Republicano*, Quinta Epoca, Año XLII, Director Vicente García Torres, uno de los periódicos más serios de la capital, aparecían noticias como esta: "Velada espírita". -el día 31 del pasado la secta espiritista celebró una velada artístico-literaria celebrando el aniversario de Allan Kardec. Dicen que la fiesta esutvo muy lucida 5 de abril de 1892, No. 82, p. 3.

⁹ *Monitor Republicano* "Una Santa", febrero 18, 1892, p. 3.

¹⁰ *Ibid.* "La Santa de Cabora", febrero 21, 1892, p. 3.

¹¹ *Ibid.* "Teresita Urrea, la Santa de Cabora", abril 26, 1892, p. 3.

¹² Carlos Monsiváis, "De los milenarismos desautorizados", en Jacques Gabayet (coordinador) *Hacia el Nuevo Milenio*, México, Coedición UAM-Editorial Villicaña, vol. II, p. 212.

¹³ Francisco Almada, *La Rebelión de Tomochi*, edición del Gobierno del Estado, Chihuahua, 1938. p. 16-25.

¹⁴ *Ibid.* p. 15-20

¹⁵ *Monitor Republicano*, junio 26, 1892, No. 153. "El hambre en Chihuahua". En algunos puntos de la Sierra Madre, de este Estado reina el hambre con todos sus horrores a consecuencia de la prolongada sequía. V. *Infra*, nota 41, se resumen brevemente algunos problemas sociales del momento.

¹⁶ Citado por *Ibid.* Marzo 10. de 1892, p. 3.

¹⁷ Gill, *op. cit.*, p. 630; Valadés, *op. cit.*, p. 37.

¹⁸ Paul Vanderwood, "None but the justice of God": *Tomochic, 1891-92*, versión mecanográfica, facilitada por el Dr. José Luis Mirafuentes, p. 24

¹⁹ En el libro de Alicia M. Barabas. *Utopías Indias. Movimientos sociorreligiosos en México*, México, Grijalbo-Enlace. 1989, p. 264 se lee que los tomochitecos eran mayos y que peleaban invocando el nombre de Santa Teresa de Córdoba. Ambos datos son falsos, lo que me parece

incomprensible en un texto de tan reciente aparición, pues en todos los textos, incluso en la novela de Heriberto Frías se dice claramente que eran rancheros y no indígenas; lo que necesariamente ofrece otra perspectiva del movimiento. Lo mismo afirma Francisco Almada, *op. cit.*, p. 12

²⁰ Paul Vanderwood, *op. cit.*, pp. 6.

²¹ Almada, *op. cit.*, Mensaje enviado por Silviano González al gobernador el 5 de diciembre de 1891, p. 41.

²² Gill, *op. cit.*, 630. Vanderwood, *op. cit.*, p. 6, considera, que González no pretendía ejercer algún tipo de represalia contra el pueblo, sólo hacerlo retornar al orden, con una pequeña muestra de fuerza. En lo que obviamente difiero, en la medida que se utiliza la fuerza, es un tipo de represión y en este caso, aunque sólo se haya mandado un piquete de 30 soldados, es claro que se trataba de represión. En sus palabras: No reprisals, just a return to orden. And González figured that a small show of force would do the trick.

²³ Almada, *op. cit.* p. 55. Cf. Troncoso *op. cit.*, p. 17. En esa batalla vencieron al capitán Enríquez, quien murió en la acción, lo mismo que el alférez Lamoisse y cuatro soldados más.

²⁴ Almada, *Ibid*, p. 55. Valadés *op. cit.*, p. 28., informa que si la encontraron y que le informaron de su situación. Desde mi punto de vista son más creíbles las afirmaciones de Almada, que consigna informes en los que documentó sus juicios.

²⁵ Gill *op. cit.*, p. 631. *Monitor Republicano*, enero 7, 1892, p. 3. En las noticias que el Monitor daba por ciertas estaba la derrota de los tomochitecos cuando iban camino a su pueblo. En esa nota se catalogaba a los tomochitecos como fanáticos y bandidos.

²⁶ Monsivais, *op. cit.*, pp. 213-214.

²⁷ Vanderwood, *op. cit.*, pp. 17 y 25.

²⁸ Gill, *Op. cit.*, p. 631.

²⁹ *Monitor Republicano*, enero 19, 1892, en ese mes el *Monitor* informaba a sus lectores que se había logrado la aprensión de Jesucristo y se le formaba juicio en ciudad Guerrero.

³⁰ Heriberto Frías. *Tomochic*, México, Porrúa, 1983, p. 15.

³¹ Paul Vanderwood, *op. cit.*, p. 18

³² Valadés, *op. cit.*, p. 101, concluye su libro, diciendo que "vcomo los indiso de Tomochic y Temosachic, no sabían de más ley ni más autoridad que la religiosa."

³³ Frías *op. cit.*, pp. 135-136 y 141-142

³⁴ Almada, *op. cit.*,

³⁵ Vanderwood, *op. cit.* p. 8 "the revolt rooted in the religious beliefs of the villagers and triggered by their local concerns of the moment." Rescato el argumento de Vanderwood, por ser uno de los historiadores que más recientemente se han ocupado del tema, el trabajo que cito, lo presentó en un Coloquio organizado el año pasado. Opina el autor: que el mundo occidental no comprende este tipo de movimientos y cita ejemplos recientes de este tipo de experiencias, como la de Alice Lakwena en Uganda, caso típico de milenarismo. En resumen dice que el milenarismo es una fuerza que persiste en los pueblos, especilmente en los más primitivos, donde la organización social es comunal y persiste una cultura cohesiva. p. 8-14.

³⁶ *Ibid*. Más adelante informa que hay dos tipos de analistas del fenómeno milenarista, los que dan mayor imprtancia a lo político cuyo máximo representatne es Erick Hobsbawn, quien ve las acciones milenaristas como parte de la lucha de clases. Los culturistas, por su parte, que desestiman lo político y destacan lo ritual. El autor se pregunta si es posible trazar una línea que divida ambos tópicos. Finalmente dice, que los movimientos milenaristas tienen bastante de político y no necesariamente son irracionales. Lo político deviene generalmente por el *stress*, que causan en un momento dado los cambios culturales, el

desarrollo tecnológico, etc., y lo religioso por la mentalidad que en ese momento específico tenga el pueblo en cuestión. pp. 8-20.

³⁷ *Ibid.*, p. 17 y 25

³⁸ Almada, *Op. Cit.*, pp. 44-52.

³⁹ Frías, *Op. Cit.*, p. 141.

⁴⁰ León Portilla Miguel, *Culturas en peligro*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1976, Biblioteca Iberoamericana, p. 25.

⁴¹ Calamidades y problemas sociales caracterizaron los últimos años de la década de los ochentas y principios de los noventas del siglo pasado. Algunos de los hechos más relevantes en esta materia: "Como quiera la agricultura, considerada en su conjunto, siguió sin tomar el paso del progreso. Por principio de cuentas se mantuvo más vinculada a los avatares celestes que a las mudanzas mercantiles y los adelantos técnicos. En 1888 la descontrolaron los aguaceros, que además de inundar a León y ahogar a 250 leoneses, minimizaron las cosechas de la comarca abastecedora de El Bajío. En 1889 se soltó la epizootia del ganado vacuno y de las gallinas. En 1891 fue el colmo: el volcán de Colima erupió como pocas veces; las lluvias se olvidaron de nosotros, las milpas raquílicas y las calaveras de vacas fueron el espectáculo habitual de ese año y el siguiente. En 1892, además de la sequía extraordinaria, se señaló por la fuerte tembladera en el occidente y ..." en Luis González. "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*, El Colegio de México, Vol. 3, p. 231.

⁴² *Monitor Republicano*, "El levantamiento de los Mayos", 17 de junio de 1892, p. 3.

⁴³ Francisco P. Troncoso, *op. cit.*, p. 35.

⁴⁴ *Monitor Republicano*. Mayo 27 de 1892, No. 127, p. 2.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Ibid.* Abril 16, No. 92, p. 3. Se dice que se le aprendió el 10. de abril y el 23 de ese mismo mes se confirmó la noticia.

⁴⁷ Troncoso, *op cit.*, p. 26-30

⁴⁸ *Ibid*, p. 26.

⁴⁹ José C. Valadés, *op. cit.*, p. 21-22 y 30-31

⁵⁰ Corbalá, *op. cit.*, pp. 263-268; Horacio Sobarso. *Episodios Históricos Sonorenses*, prólogo Juan Antonio Ruibal Corella, México, Porrúa, 1981, p. 60; Valadés, *op. cit.*, p. 22; Troncoso, *op. cit.*, pp. 25-30.

⁵¹ *Monitor Republicano*, Mayo 27 de 1892, No. 127, p. 2

⁵² Mario Gill, *op. cit.*, p. 629.

⁵³ *El hijo del Ahuizote*, agosto 7 de 1892, No. 341, año 7, Tomo VII, Director y propietario Daniel Cabrera, p. 3. En una nota aparecida en ese diario leemos: La Santa de Cabora (a) Teresita Urrea, está curando paralíticos en Tucson con éxito admirable. Será bueno mandarle a Don Sufragio Tieso, haber si nos lo desparaliza".

En el *Monitor Republicano* leemos en las noticias del 4 y 23 de junio de 1892, que al paso de Teresa Urrea por Cocorit, Guaymas y Nogales cientos de personas se congregaron para recibirla o para solicitarle curación de sus males.

⁵⁴ Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. III/252(73:72)"896", citado por Gill, *op. cit.*, p. 643.

Bibliografía

- Almada Francisco R. *La Rebelión de Tomochi*, Edición del Gobierno del Estado, Chihuahua, MCMXXXVIII, 176 pp.
- Barabas Alicia M. *Utopías Indias. Movimientos sociorreligiosos en México*, México, Grijalbo-Enlace. 1989, 302 pp.
- Cerruti Mario "Contribuciones reciente sy relevantes..." en *Memoria del I Coloquio de Historia Regional*, Pachuca, Hidalgo, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 1986
- Corbalá, Acuña. Manuel Sebastián. *Alamos de Sonora*, Hermosillo, Prólogo de Ignacio Almada Bay, Publicacioens del Gobierno del Estado de Sonora-Secretaría de Fomento Educativo y Cultura y del Instituto Sonorense de Cultura, 1989 (3), 339 pp.
- Frías, Heriberto, *Tomochic*, prólogo de J.W. Brown, México, Porrúa, 1983 (5), Col. "Sepan Cuantos..." No. 92, 153 pp.
- Fromm Erich. *El Miedo a la Libertad*, Buenos Aires, Versión y presentación de la edición castellana Gino Germani, Paidos, 1977, 345 pp.
- Gill, Mario, "Teresa Urrea, la santa de Cabora" en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1957, vol VI, p. 626-644.
- González Luis. "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*, El Colegio de México, Vol. 3, 337 pp.
- León Portilla Miguel, *Culturas en peligro*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1976, Biblioteca iberoamericana.
- Monsivaís, Carlos. "De los milenarismos desautorizados", en Jacques Gabayet (coordinador), *Hacia el Nuevo milenio*, México, Coedición UAM-Editorial Vilicaña, vol. II, pp. 211-226.
- Roeder Ralph, *Hacia el México moderno*, México, F.C.E., 1973, vol. II, sección de obras de historia, 413 pp.
- Semo Ilán, "De Vasconcelos", en *El Buscón*, México, D.F. Vol. 2, Año II-marzo/abril 1984, p. 9.
- Sobarso Horacio, *Episodios Históricos Sonorenses*, prólogo Juan Antonio Ruibal Corella, México, Edit., Porrúa, 1981.
- Troncoso Francisco P. *Las Guerras con las Tribuas Yaqui y Mayo*, México, Publicaciones del Gobierno del Estado de Sonora, 1983(3), Tomo II.
- Valadés José C. *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios. Las Rebeliones de Tomochic y Tomosachic*, México, Ediciones LEEGA/Jucar, 1985.
- Vanderwood, Paul. "None but the justice of God": *Tomochic, 1891-92*, versión mecanográfica, facilitada por el Dr. José Luis Mirafuentes

Hemerografía

- El hijo del Ahuizote*, año 7, Tomo VII, Director y propietario Daniel Cabrera, 1892.
- El Monitor Republicano* Año XLII, Quinta Epoca, Director Vicente García Torres, 1892.